

LOS SUCECOS

Suscripción en toda España, 5 pesetas al año. Idem en el extranjero, 8 fr.



Toda la correspondencia debe dirigirse al Apartado de Correos 347.



Las ranas en la Ciencia

Es curioso que las ranas hayan intervenido en dos de los más grandes descubrimientos científicos y ambos relacionados con la electricidad: El galvanismo y los rayos X.

De casi todo el mundo es conocida la historia del descubrimiento del galvanismo.

Por curiosa casualidad, una de las ancas de rana que se preparaban para la freidura en la cocina del físico Galvani, fué á parar al laboratorio de éste, pues por estar enferma su mujer, el sabio se ocupaba en cocinar.

Un alambre eléctrico tocó una de las patas, y el batráceo despellejado empezó á bailar.

El descubrimiento de los rayos X fué tan sencillo, que cualquiera persona, sin ser un sabio, hubiera podido descubrirlos. La casualidad hizo que el profesor Röntgen diera con ellos.

Sobre una mesa había un tubo de Crooke, que alumbraba la estancia con la pálida luz característica de estos tubos, la fluorescencia. En uno de los cajones de la mesa había una cajita de cartón, llena de placas fotográficas sensibilizadas. Un manojo de llaves colocado encima de la mesa, venía á caer casi perpendicularmente sobre la caja de planchas.

Cuando más tarde se quisieron utilizar las placas en la fotografía, las encontraron todas veladas, pero apareciendo en cada una de ellas la clara impresión de un manojo de llaves.

Al momento comprendió Röntgen que unos rayos luminosos especiales habían atravesado la madera de la mesa, la tapa de cartón de la caja, y que las llaves, interceptando los rayos, habían salido impresionadas en las placas sensibles.

Convencido de que se hallaba ante un nuevo descubrimiento físico, empezó á hacer experimentos con varios objetos que colocó en la mesa en las mismas condiciones que las llaves.

Uno de los ayudantes del profesor que había encontrado una rana muerta, la colocó en el lugar de la experiencia, poniendo la placa consabida. El resultado fué una revelación para la Ciencia y un enorme paso y grandísimo adelanto para la Medicina y Cirugía. La fotografía no reproducía la rana entera, sino solamente su esqueleto.

Era, pues, indudable que la carne era transparente á los rayos X, mientras que los huesos interceptaban su luz.



Absolución de una Reina

Pocos son los Ejércitos que, como el nuestro, cuentan con un capellán por regimiento ó batallón.

Como en la mayoría de los Ejércitos, los individuos que los componen pertenecen á diferentes religiones, ó hay libertad de cultos, esas unidades militares carecen, en general, de directores espirituales.

Las autoridades eclesiásticas, entre las que se ha distinguido el obispo de Verdun, han influido para que el Papa se decida á autorizar á los soldados curas á combatir, sin incurrir en excomunión, y á autorizarles para que, en los campos de batalla, den la absolución á los heridos moribundos.

A propósito de esto, nos parece oportuno citar un acto realizado por la bella y bondadosa Reina de Italia en Mesina, á raíz de los horribos terremotos que tanta víctima causaron en la risueña ciudad siciliana y mientras recorría sus ruinas.

La augusta joven, con el corazón oprimido, los ojos húmedos por las lágrimas, se arrodillaba ante los cadáveres que encontraba en su macabra peregrinación, y consolaba con tiernas palabras á las familias de los damnificados.

Vestida de blanco, envuelta en la triple majestad de su juventud, su belleza y su piedad, la Reina Elena se detuvo ante los ayes de un moribundo que pedía á gritos un sacerdote. En aquel momento no había un solo sacerdote en las cercanías, y el herido sucumbía.

Entonces la Reina se acercó á él, se arrodilló, se inclinó hasta tocarle, y con exquisita ternura, dijo al moribundo:

—Soy la Reina; en nombre de Dios, yo te absuelvo; muere tranquilo.

El herido, alucinado por aquella aparición, se murió sonriendo.

¿Pitillo, puro ó pipa?



Ultimamente se han hecho estudios para aclarar cuál de las tres formas de fumar es la menos nociva, y contra lo que se venía creyendo, parece ser que, lo menos peligroso, son los puros, y entre los puros los habanos, son los que, con gran diferencia, dañan menos al organismo.

Dice el periódico "Lancet", que el tabaco turco, el egipcio y el virginia son muy parecidos y tienen menos nicotina que el que fuman españoles y franceses.

En cuanto al tabaco de pipa, la cantidad de nicotina que contiene varía entre el dos y el cinco por ciento, pero el que, en general, se fuma, no pasa del tres.

Por término medio, y esto se refiere á todos los tabacos fumables, bien sea en pitillos, en pipa ó en puro, puede decirse en términos generales que contiene el dos por ciento de nicotina.

La pipa es lo peor que se puede fumar, pues, según los experimentos hechos, el humo del tabaco de pipa, al llegar á la boca, va mucho más cargado de nicotina que el del cigarrillo, y desde luego que el del puro, pero, en cambio, el humo de la pipa no lleva sustancias extrañas al tabaco, como sucede con el humo del cigarrillo.

Además, se ha notado que los más viciosos, los fumadores más tenaces, son los de cigarrillos.

La cantidad inicial de nicotina en los puros examinados era muy pequeña, y en los habanos mucho menor que en los filipinos, sumatras y europeos.

El que quiera fumar bien y sano, ya sabe á qué atenerse. No tiene más inconveniente que la carestía.

Ahora, hasta qué punto es dañino el uso del tabaco, no lo sabemos. Así como hay muchos que dicen es malísimo, otros dicen que no, y como hay pruebas para todo, cada cual sigue creyendo lo que le pete.

Y si no, recordemos el cuento de aquel soldado á quien jamás se le caía el cigarrillo de la boca; fumaba constantemente, exageradamente.

Un día el sargento le llamó la atención, diciéndole que era muy perjudicial para la salud y que no llegaría á viejo si tanto fumaba.

—Mi sargento—replicó el mozo—pues mi abuelo fuma desde moico, está fuerte y tiene noventa años.

—Pues si no hubiera fumado—le dijo el sargento—tendría noventa y cinco.

Las calles más frecuentadas del mundo.



Puerta del Sol, de Madrid, por donde pasan diariamente 350.000 personas.

En todas las poblaciones del mundo hay una calle ó plaza favorita del público, que se ven concurridas con preferencia, aunque no sean el centro de la población, ni el preciso sitio de tránsito.

Por simpatía, por costumbre, por ir donde va Vicente, como decimos, hay que pasar por un sitio determinado, aunque no haya necesidad de ello, y siendo más rápido el evitar su rodeo.

Eso nos pasa en Madrid. Por nuestra Puerta del Sol pasan diariamente unas 350.000 personas, más de la mitad de la población total de Madrid.

Claro está que esas 350.000 almas no es la mitad de la población, puesto que, si una persona pasa diez veces, para el efecto se cuenta por diez personas.

Ahora bien; de ese tercio de millón de personas que pasa diariamente por la Puerta del Sol, ¿cuántas son las que pasan por verdadera necesidad? Pochísimas.

La inmensa mayoría pasamos por pasar, dando un rodeo para ir a nuestro trabajo ó á nuestra casa, pudiendo hacer el camino con mayor rapidez si no tuviéramos el capricho, la costumbre, el vicio de pasar un par de veces por la Puerta del Sol.

Yo, por mi parte, raro es el día que no paso un par de veces, y si he de confesar la verdad, maldita la falta que me hace. Cuatro veces al mes que pasara por la Puerta del Sol, me bastarían; pero he de pasar, por lo menos setenta.

Eso sucede á todos los habitantes de Madrid, y me quedo corto, pues los hay que no salen en todo el día del recinto, y hay individuo que, de los 350.000, figura en la cifra, por lo menos, con el número 50.

Lo que aquí ocurre, pasa en todos los grandes centros.

El punto por donde más gente pasa en el mundo, es la plaza de Londres llamada Royal Exchange.

Por dicho punto pasan diariamente



Una de las principales arterias de San Petersburgo, por donde desfilan 300.000 transeúntes al día.

medio millón de personas y unos 50.000 vehículos de todas clases. En esta plaza hay un rincón donde el tráfico es enorme. Forma un pequeño rincón en la plaza, y por él sólo se calcula que pasan al día 30.000 vehículos y 250.000 transeúntes.

Si bien hay que tener en cuenta que Londres es la mayor capital del mundo, pues cuenta con seis millones de habitantes, también es necesario saber que, la vida comercial en el citado punto, es sólo de unas diez horas diarias, por lo cual resulta verdaderamente enorme el tránsito por el Royal Exchange.

Resulta, pues, que por la reducida área pasan unas 50.000 personas por hora. ¡Ya es tránsito!

Piccadilly Circus y Scotland Yard son también lugares sumamente concurridos de la gran capital, á ciertas horas del día, pues se calcula que, por el primero de los puntos citados, de ocho de la mañana á las ocho de la noche, pasan cerca de 100.000 transeúntes y unos 16.000 vehículos.

Es un dato curioso que se observa en casi todas las poblaciones, que las calles más anchas y más hermosas, no son siempre las más concurridas. Las calles de la Montera y Carretas, en Madrid, están mucho más frecuentadas, en comparación, que las de Alcalá y Arenal, por ejemplo; y no hablemos de las grandes vías modernas, que por eso precisamente, por ser modernas y estar más alejadas del centro, son precisamente las menos concurridas, por tener menos comercio, y por la costumbre, que es un gran factor.

Sucede con frecuencia que las mejores calles están llenas de edificios públicos, oficinas del Gobierno, etcétera, etc., y esto acontece, por ejemplo, en Berlín, en la famosa calle Unter der Linden, magnífica avenida de



Cerca de 400.000 personas pasan cada veinticuatro horas por la calle State, de Chicago.

60 metros de anchura, y, sin embargo, no es la más frecuentada. Esta es la calle Friedrich, que no es tan bella y no tiene la mitad de su anchura. Por esta vía, circulan diariamente unas 300.000 personas.

En Viena, también se nota lo mismo. La calle de más tráfico no es Ringstrasse, que es la mejor una de las más hermosas del mundo, sino el Graben, centro de los negocios de la capital austriaca.

El número de transeúntes del Graben es de 275.000 al día. Una de las excepciones de esta regla la tenemos en la capital de Rusia.

La Perspective Newsky, la mejor y más hermosa calle de San Petersburgo es la más frecuentada, calle ancha, hermosa y que tiene cerca de una egua de largo.

Estas cifras convienen también a la Friedrichstrasse de Berlín, pero

hay horas durante el día en las que pasan más de 80.000 personas.

El punto de más movimiento en la capital de Francia, es la Plaza de la Opera, donde el tránsito, tanto de

pie. No es solamente en este hemisferio donde se encuentran las grandes agrupaciones en calles y plazas.

La calle O-Dori en Tokio, larga calle que va desde la estación de Shimbahi hasta el Puente de los Espectáculos, está siempre abarrotada de gente. Como esta arteria es relativamente estrecha, parece que la gente se ahoga, se estruja, y que es imposible toda circulación.

En América, tenemos, en Chicago, State Street, por donde pasan y pasean 400.000 almas al día, y en Nueva York, en el punto de Broadway, cerca de la plaza del Herald, se calcula que pasan al día más de 700.000 personas; más que toda la población junta de Madrid.

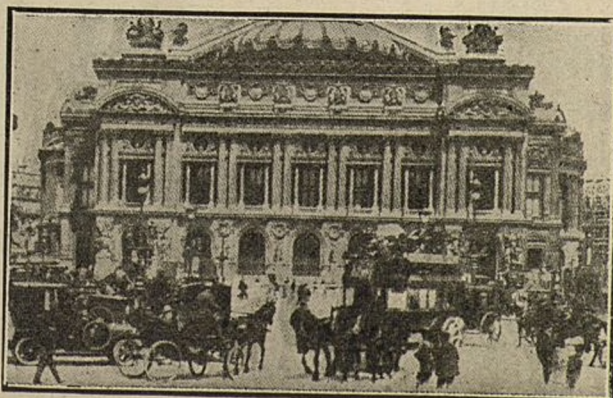
En esta cifra van incluidas las que pasan en coches, automóviles, etcétera.



El Royal Exchange, de Londres, por donde pasan diariamente más de 500.000 personas.

peatones como de vehículos, no cesa ni de día ni de noche.

Según datos de la Policía, por la citada plaza pasan al día 63.000 vehículos y unos 450.000 individuos a



Place de l'Opera, en París, por donde transita cerca de medio millón de personas al día.



La Friederichstrasse, en Berlín, por donde transitan diariamente 300.000 almas.

LA VIDA EN BROMA

El tiempo es... calderilla

Conforme se van poniendo las cosas, no va uno á tener tiempo ni para afeitarse.

¿Creerán ustedes que esta semana casi no he podido escribir estas breves líneas por falta material de tiempo?... ¡Pues es así!

Y lo bueno es que, si bien se mira,



no he hecho nada de provecho. Es más, yo creo que he perdido el tiempo y hasta el sentido común, porque he tenido la debilidad de hacer lo que hace todo el mundo.

¿Que cómo he invertido el tiempo?

¡Pues verá usted! El domingo tuve que hacer cola hasta la hora de la corrida para sacar un tendido de

sombra. ¡Ya tiene usted ahí perdida toda la mañana!

Por la tarde fui á los toros, casi sin comer, porque toreaban "Gallito" y "Limeño", toros de Miura, y no es cosa de perder una novillada de esa categoría, con los niños prodigios, encontrándose uno en Madrid y con el billete en el bolsillo. ¡So pena de ser tachado de mal español!

Por la noche compré la Prensa y la estuve hojeando después de cenar; pero, claro, como son tantos los periódicos que se publican, me dieron las cuatro de la madrugada en esa tarea. Y eso que dejé para el día siguiente la lectura de las reseñas de toros, la persecución de Paiva Couceiro, la información del "Duende de la Colegiata", y otras muchas cosas que requieren más calma.

Dormí cinco horas escasas y me despertaron en seguida para empezar otra faenita que ahora nos han proporcionado los periódicos. ¡La de cortar los cupones!

Excuso decir á ustedes que con eso sólo se me fué toda la mañana!

Por la tarde, cuando ya llevaba leída una quinta parte de las corridas habidas el día anterior en España, me sorprendió la noche y un gramófono que tienen en la vecindad. ¡Noche perdida!

Luego, al día siguiente, tuve que ir á sacar la cédula personal, que también es cuestión de un día y pico; después á canjear cupones; otro día á buscar un "Imparcial" que me faltaba para la rifa; más tarde á enterarme de cuándo salía el rápido de "La Tribuna", para ir á despedir á varios "títulos de Castilla" que no han podido veranear de otro modo, y así sucesivamente los demás días de la semana.

Total, que sin haber tenido asuntos en el Ayuntamiento, ni haber tomado el tranvía una sola vez, que es como se pierde más tiempo, he pasado la semana sin poder dedicarme á mis habituales obligaciones.

Con eso y con que llegue el sorteo y no me toque ni siquiera el automóvil del "Heraldo", ¡me he lucido! Por supuesto, que después de esto será muy difícil que yo vuelva á comprar un periódico, como no lleve una cuarta plana bien nutrida, que es la más amena de todas.

Pasado el furor de los cupones, ¿para qué comprar la prensa?...

¿Para saber donde está cada ministro?... Eso ya se supone, porque todos sabemos que ninguno está en su puesto!

¿Para enterarnos de la gente que entra y sale, de las peticiones de mano, de los proyectos del Gobierno, de los días en que la Banda Municipal



da conciertos, de lo que hace el jefe de Policía?...

¡Bah!... Para eso no me gasto yo una perra chica.

¡Vengan, vengan regalos, y quédense las noticias para quien las quiera! No perdamos el tiempo, que para los españoles es... calderilla.

F. ROIG BATALLER

Una semana como no hay dos.

La semanita pasada fué muy rara y especial, tan chusca y tan anormal que no ha sucedido nada de lo que es aquí usual.

¡Ha sorprendido á las gentes y á mí, no ver repetidos los fenómenos siguientes, tan fijos y socorridos tan constantes y corrientes:

Ha pasado la semana sin que en Nador ni en Quebdana, ni en Atlaten ni en Arcila se someta una cabila rebelde á Aldave ó Jordana.

Tampoco se ha registrado, durante el plazo apuntado (aunque escribo antes que fine), el incendio acostumbrado de la barraca de un cine.

Asimismo ha transcurrido esta semana bendita, sin que un día hayan salido á relucir—¿será olvido?—ni la Goya ni el "Bombita"!

Hasta contra lo usual desde la proclamación del régimen actual, ¡no hubo ni revolución ni alzamiento en Portugal!

¡Siete días anormales y raros, á mi entender, sin crímenes pasionales!... ¡Sin que en Madrid ó arrabales se apuñale á una mujer!...

Semana que ha transcurrido toda entera, de un tirón, ¡sin que aquí haya aparecido otro colega querido con cupón ó sin cupón!

Siete días singulares que no se explica ni Dios sin esos hechos vulgares...

¡ni que se reformen los uniformes militares!

¡Siete días!... ¡Siete días de vida rara y extraña, hasta con anomalías de que no haya cacerías regias tampoco en España!!

Por faltar todo lo que es corriente, ¡hasta ha faltado el consabido grabado que á dos por tres da "A B C" del sitio en que está instalado!

¡Es más! En los siete días contados de sol á sol, no ha vuelto á entrar en Ferrol con destrozos ó averías ningún crucero español!

Con esto comprenderás mi extrañeza soberana, pues tan rara, no verás, lector mío, otra semana ¡jamás, jamás y jamás!

PIO GRACO.



EN BUSCA DE - MARIDO -



Convienes que algo aprendas, querida amiga mía,
De esta lengua alemana, pues puedes, cualquier día,
Perderte por las calles. Aprende á preguntar
Sólo lo necesario. Yo te voy á enseñar.

Eso se lo decía una amiga guasona
De carácter alegre, insubstancial, burlona.
Si alguna vez te pierdes, y eso es lo más seguro,
Dices: *Ich Liebe Dich*, y saldrás del apuro.

Aprendió de memoria la frase la viudita,
Sin saber que era víctima de una mala bromita.
"Si acaso me perdiera con este andar sin tino,
Repetiré la frase y hallaré mi camino."

Como no conocía Berlín, ni bien ni mal,
Que pronto se extraviase fué cosa natural.
Y acercándose á un joven "*Ich Liebe Dich*", le dijo.
El otro guiña el ojo. Te conquisté, de fijo.

La viuda se horroriza ante tal atrevido,
Que la sigue de cerca risueño y decidido.
Se acercó á un oficial, "*Ich Liebe Dich*"—pregunta.
El guerrero, también se acerca, á ella se junta.

Y no la deja en paz; á otro hombre se adelanta,
Le repite la frase, y el otro se la planta
De rodillas delante; otro la envía un beso,
Otro la da un pellizco. ¡Santo Dios! ¿Y por qué eso?

Aprieta la infeliz el paso diligente,
Seguida por un grupo numeroso de gente,
Que le dice mil cosas, para ella en latín.
—Mañana mismo—dice—me largo de Berlín.

En el hotel, por fin supo el significado
De la frase alemana que había prodigado.
"Yo te adoro" la frase, dice en lengua tudesca.
"Me he declarado á ciento; pues, señor, estoy fresca".

FERS.



EL MISTERIO del tren ESPECIAL

NOVELA ADAPTADA DEL INGLÉS EXPRESAMENTE PARA "LOS SUCESOS"

Después, volviéndose hacia Penélope, le dijo:

—Siento mucho, miss Morse, que sir Charles no tuviera un caballo tan bueno como el que yo llevaba. No me eche usted a mí la culpa.

Le miró sin contestar. Somerfield se acercaba al grupo, con su casaca roja llena de lodo, la cara arañada y un ligero ceño que no lograba disimular.

Penélope miró á los dos, se acordó que tenía que contestar al príncipe, y exclamó:

—No, príncipe, no; no le echo á usted la culpa.

CAPITULO XXIX

Un recado urgente.

Se hablaba del príncipe Maiyo.

Todos los huéspedes de los duques, excepto el príncipe, se hallaban reunidos alrededor de colosal chimenea á la antigua, donde ardían grandes trozos de leña, en uno de los salones del castillo.

El tiempo había cambiado rápidamente. Un frío viento se había levantado y todos se hallaban muy á gusto, cómodamente sentados al amor de la lumbre. Dos ó tres personas más habían llegado de los alrededores, y el tópico de la conversación eran las carreras de aquel día.

Se criticaba al príncipe, y el joven Somerfield no era de los menos agresivos.

—No es que monte muy mal—decía—; pero si ha ganado ha sido por la yegua que es una alhaja. El no ha tenido que hacer otra cosa sino dejarse llevar.

El capitán Wilmot, que se había negado á montar en la yegua de lady Grace, exclamó:

—Tiene una escuela horrible; eso no es montar, ni Cristo que lo fundó. Me parecía un lacayo.

—No me negarán ustedes—dijo el duque con suavidad—que hay que reconocerle mucho valor al montar de buenas á primeras un caballo que no conocía, en terreno desconocido y para tomar parte en un deporte, del que no tenía ni idea.

—Yo le considero un verdadero jinete, un acabado sportman—exclamó entusiasmada lady Grace.

Somerfield se encogió de hombros despreciativamente, y replicó:

—Sí... No hay que negarle cierta audacia; pero de eso, un hecho aislado, á considerarle un sportman, hay mucha diferencia. No le gusta la caza, no monta, sino cuando la Milicia se lo exige; no juega al polo, ni al golf, ni á nada. Ni siquiera tiene esos gustos. Un hombre que no es aficionado á nada de eso, ¿qué es? Lo que es

aquí, en Inglaterra, se fastidiaría. ¿No te parece, Wilmot?

—Tienes razón, chico—replicó el capitán—. Yo creo que un hombre que no gusta de los deportes, no es un hombre completo.

Penélope tomó cartas en el asunto, y dirigiéndose á Somerfield, con cierta dureza, le dijo:

—Carlos, estás hablando y discutiendo como un chiquillo. Me da vergüenza oírte decir esas tonterías; me da vergüenza oírse las decir á los demás. Hablan ustedes como personas que no tuvieran seso, que vivieran limitadas dentro de un horizonte estrechísimo, como niños de la escuela.

Somerfield palideció. Miró enfadado á Penélope; pero se encontró con la mirada serena de miss Morse, que continuó diciendo:

—Les diré lo que yo pienso de esto. Todos ustedes son reos de la ridícula presunción y del atrevimiento de criticar así á un hombre como el príncipe Maiyo. El príncipe no es ningún muchachote inglés que se pasa la vida matando pájaros, corriendo liebres y visitando los escenarios de todos los teatros de Londres, y jugando unos juegos que son más propios de los chicos de la escuela que de hombres hechos y derechos. A ustedes les encanta esa vida; pues si gustan con ella. Al príncipe le gustan otras cosas, y está satisfecho. Pertenecer á una raza que ustedes no son capaces de comprender. Dejadle en paz, y no le critiquen. Y no se vayan ustedes á imaginar que son superiores á él, porque no se amolde á la mezquina manera que tienen ustedes de ver la vida.

Estaba hermosa Penélope, de pie, en medio de todos, accionando, un poco sofocada por la indignación, hablando con fuego, con ardor, sin titubear.

Al hacer una pausa, lady Grace se puso de pie, se acercó á su amiga y exclamó:

—Estoy de acuerdo contigo en todo, todo lo que has dicho; tienes muchísima razón.

—¡Basta ya!—exclamó la duquesa, riendo—. No hay que tomar estas cosas tan á pecho. Yo creo que todos tienen razón, y que cada cual debe vivir como más le convenga y de acuerdo con la educación que ha recibido. El príncipe es indudablemente tan fiel seguidor de las costumbres de su raza como ustedes de la nuestra. De todas maneras, me parece que es más entretenido y más instructivo el comparar que el criticar.

Somerfield, que había permanecido callado, porque la ira no le permitía hablar, ya repuesto, pero con cierta seriedad, dijo:

—Lo mejor será hablar de otra cosa. No me imaginaba yo que Penélope

lo fuera á tomar tan en serio; de lo contrario, me habría yo guardado muy bien de criticar á una persona que tan alto lugar ocupa en su estimación y aprecio. Wilmot—dijo al capitán—te juego una partida de billar antes de comer; tenemos tiempo.

El capitán dudaba. No le gustaban las riñas entre novios, y no sabía lo que hacer.

—No tengo inconveniente—replicó—pero quizás miss Morse...

Esta se volvió.

—Quiero que me comprendan bien todos ustedes. Lo que acabo de decir lo he dicho porque así me salía del alma, y lo volveré á repetir una y mil veces, cuantas sea necesario.

La discusión terminó; el grupo se deshizo, y Penélope y lady Grace se fueron á sus habitaciones.

—Mi querida Penélope—le decía la hija de la duquesa—, me parece que Somerfield se ha enfadado.

—Me alegraría infinito, porque ése ha sido mi propósito. Tanto orgullo me carga. Algunas veces odio á esa juventud tonta y vana.

—Ahora, no te es el príncipe tan antipático, como antes—preguntó lady Grace con indiferencia.

—No, ya no; aquella antipatía se acabó; le había juzgado mal. Tenía un prejuicio contra él, y no me quería convencer de que no tenía razón. La verdad, que no comprendo que se le pueda tener antipatía, como no sea por odio de razas.

Lady Grace replicó:

—Si te he de ser franca, Penélope, siento mucho que sea tan japonés, tan apegado á las cosas de su país.

Habían entrado en el gabinete de la joven, y se sentaron junto al fuego. Permanecieron un rato en silencio, y luego Penélope empezó á hablar.

—Yo también me alegraría de que no fuera tal y como es. Parece que no tiene ninguna de las debilidades de los demás hombres. Me gustaría que fuera un poco diferente de lo que es, y, sobre todo, desearía que fuese feliz. Me hace el efecto de esos hombres que se hacen viejos á fuerza de trabajar, sin ser nunca niños. Está edificando un palacio que nunca llegará á habitar.

De nuevo, volvió á suspirar lady Grace.

Penélope la cogió las manos.

—Es muy duro, querida Grace, pensar en cosas imposibles, en cosas que están por completo fuera de nuestro alcance.

Grace la miró fijamente. En aquel momento estaba más que bonita. Estaba encantadora.

—Lo que yo no comprendo, es por qué había de ser imposible, Penélope—protestó la joven—. Somos iguales en todo. Además, ambas naciones desean la alianza. Se lo he oído decir á

mi padre y á Havilaud. El inconveniente, Penélope, es que no le gusta á él.

—Tú qué sabes—replicó miss Morse—. Jamás le he visto demostrar inclinación hacia ninguna mujer, y acuérdate que siempre repite que quisiera vivir en el Japón.

—Yo viviría en el desierto de Sahara, si él lo quisiera—exclamó la muchacha al tiempo que se secaba las lágrimas con el pañuelo—. Pero ¡qué! no me quiere ni le gusta. ¡Qué loca soy, Penélope! ¡Qué loca! La americana la besó con cariño.

—Querida Grace, no eres la única loca en el mundo. Hay muchas mujeres como tú.

Se vistieron para comer y se reunieron á los demás invitados.

Penélope como si no hubiera dicho nada, empezó á hablar animadamente con Somerfield, con chanzas y bromas. Somerfield quería aparentar serio y se hacía el ofendido, con lo que no conseguía sino hacer el tonto.

Miss Morse estaba sentada á alguna distancia del príncipe. Lady Grace á su lado, charlaba con el japonés muy intimamente y en voz baja, con gran sorpresa del capitán Wilmot, sentado á la izquierda de la hija del duque.

—Ya le he visto á usted con un paquete de periódicos de la tarde Bransome—dijo el presidente—. ¿Qué hay de nuevo?

—No mucho—contestó el ministro—. El consolidado ha bajado un entero y el "Daily Cornet" trae una caricatura de usted, por cierto muy bien hecha. Aparece usted ahogándose, asido al madero de la mayoría. Ya se lo enseñaré después de comer.

—Gracias. ¿Y de usted no dice nada el periodiquito?

—Nada molesto—contestó Sir Edward—. ¡Ah!, de lo que sí habla es de lo del crimen del tren especial. Dice que ya tiene la policía echado el ojo al asesino de Mr. Hamilton Fynes, y del pobre Vanderpole, y que de hoy á mañana será detenido.

—¡Soberbio!—exclamó el duque; me alegro por nuestro amigo el ministro de Estado. Ahora le dejarán en paz.

—¿Pues y yo?—dijo Bransome—, hace unas semanas que no me dejan vivir.

El príncipe se dirigió á Bransome para preguntarle si había sido detenida alguna persona acusada de haber cometido esos crímenes.

—El periódico que he leído—replicó el interrogado—es de la última edición, y no decía sino que dentro de algunas horas se descubriría el asesino, y que causaría gran sensación la detención. Supongo, pues, que para estas fechas ya se habrá llevado á cabo. También trae á colación lo de aquel joven que iba en bicicleta que vio entrar y salir á un individuo en el automóvil del pobre Dick.

—¿Y cómo han tardado tanto en averiguar eso y hacerle declarar? Yo no he leído ese dato en ningún periódico—observó el príncipe.

—Pues parece ser, que tanto le

llamó la atención el sujeto aquel—continuó diciéndolo Bransome—, que por observarle fué atropellado por un vehículo y llevado al hospital.

—Esas cosas se tardan más ó menos tiempo en saber, pero al fin y al cabo se averiguan—dijo el presidente del Consejo de ministros—, pero yo creo firmemente que nuestra policía tarda mucho antes de detener á un sospechoso. Juegan de tal manera con su víctima, que muchas veces se les escapa de entre los dedos. Muchas veces dejan que se les escapen hombres que cantarían de plano con sólo sentir en el hombro la mano de un policía.

—Como nación—replicó Bransome—se puede decir que siempre maneamos esos asuntos con guantes. Tenemos siempre miedo de molestar la libertad del ciudadano. Un poco menos de consideración, un poco más arbitrariedad no sería malo. Somerfield no quitaba la vista de su novia.

—Penélope—le preguntó—: ¿es que estás realmente pálida ó es que te lo hace parecer el vestido negro y el ramo de rosas que llevas prendido al pecho?

—Creo que estoy realmente pálida—replicó Miss Morse—. Yo siempre estoy pálida cuando me visto de negro y cuando he regañado con alguien, y además quiero hacer sentir al príncipe la nostalgia—y dirigiéndose á Maiyo, que estaba al otro extremo de la mesa, le preguntó en voz alta:

—Diga usted, príncipe, ¿no le recuerdo á usted algo esta noche las mujeres de su país?

El príncipe la miró, como si entre él y Penélope cruzara un pensamiento algo más importante que aquella pregunta banal.

—En efecto—replicó—. No sólo me recuerda usted las mujeres japonesas, sino mi patria toda, y lo que me aguarda en el viaje.

Un criado del príncipe entró en el comedor y habló unas palabras al oído del mayordomo que estaba dirigiendo el servicio de comedor. Al momento se acercó al príncipe.

—Alteza—dijo—desde Londres le llaman por teléfono y le suplican se ponga al aparato un momento.

El príncipe se levantó, y con una cortesía pidió permiso á la duquesa para abandonar la mesa, permiso que con una sonrisa y una inclinación de cabeza, le fué concedido. Salió del comedor y ni aun en las habitaciones que recorría, en donde nadie podía verle su rostro se descompuso, ni mostró inquietud alguna. Se acercó al teléfono y preguntó por la persona que quería hablarle, sin que la entonación de su voz mostrara la menor emoción.

Era Soto, su secretario japonés el que le llamaba desde Londres.

—Alteza—dijo la voz—. El hombre ese Jacks, con un agente de policía, está aquí en la sala y pide permiso para registrar la casa.

—¿Para qué?—preguntó el príncipe.

—Dice que vienen buscando á una

persona que suponen está escondida en esta casa.

—Me ha dicho—continuó la voz de Soto—que ya sabe que para estos actos hace falta un mandato del juez, pero que teniendo en cuenta la posición de Su Alteza, no ha querido entrar en estas enojosas formalidades, y espera de su bondad el consentimiento para proceder al registro.

—Un momento—replicó el príncipe—. ¿Está usted seguro de que el médico inglés no se ha comunicado con ninguna persona del exterior?

—Segurísimo—fué la categórica respuesta—. Ya sabe Su Alteza; en cuanto diga "la palabra", está hecho.

—No, déjale en paz—contestó Maiyo—. No permita de ninguna manera que Jacks registre mi casa durante mi ausencia. Dígame que yo estaré ahí de vuelta mañana á las tres de la tarde, y que á esa hora tendré mucho gusto en recibirle y servirle.

—Así se hará Alteza. El príncipe cogió el auricular y se quedó un momento pensativo ante el aparato.

—¿Qué país tan raro es este!—pensó.

Había que hacer frente á todo. El fin se acerca.

En aquel momento se le ocurrió un símil.

—A ver si me pasa á mí lo que al cazador que fué á cazar leones, y cuando regresaba con tres hermosas fieras cazadas murió de la picadura de una hormiga venenosa, que le picó á dos pasos de su hogar.

CAPITULO XXX

Al borde de la tragedia.

El príncipe al salir del cuarto del teléfono se encontró con Penélope que salía del comedor; la detuvo en su camino y la dijo:

—Perdóneme usted; pero sin querer he oído su conversación con Somerfield, durante la comida. Van ustedes á hablar ahora á solas, ¿no es así?

—Tan pronto como salga del comedor.

Notó Maiyo el gesto de disgusto que puso Penélope al oír el nombre del barón; sus ojos brillaron con ira y la mueca de sus labios no podía ser más despreciativa.

El príncipe guardó silencio, y Miss Morse continuó:

—Sí, señor; el barón y yo vamos á tratar de una cosa; á hacer un arreglo.

—¿No será un desarreglo?—preguntó el príncipe.

—¿Y á usted qué le importa todo eso?—replicó en tono de broma Penélope.

—Tenga usted la bondad, amiga mía de venir un momento conmigo al invernadero, se lo suplico. Ya sabe usted que yo no bebo licores por consiguiente no regresaré al comedor, y preferiría charlar con usted un rato antes de que se vea con Somerfield.

Penélope dudaba; no se decidía.

—Acuérdese—dijo Maiyo— que

COSAS RARAS Y NUEVAS

Todo aquel que se pasee, en Nueva York, por la conocida gran arteria llamada Broadway, podrá ver una colosal lámpara eléctrica que representa la cara de un nene que ríe y llora alternativamente.

REIR Y LLORAR

Cuando el chiquillo ríe, la boca se abre cuatro metros, y cuando llora, derrama lágrimas de sesenta y cinco centímetros de largo por veinte de ancho.

El tamaño total del juguete es de 28 metros de alto por 33 de ancho, y ocupa más de 9.000 pies cuadrados. La cabecita del niño tiene 13 metros de altura, pesa el total 80 toneladas, y la luz es producida por 4.050 lámparas eléctricas.

"Es la California mágico país", según reza la canción, y aunque no carguen los fusiles con balas de oro, ocurren cosas muy originales.

Los sonámbulos no sueñan como en los demás países, por lo menos como un californiano que dormido nadó una distancia de tres kilómetros sin despertar, y al salir del agua siguió durmiendo en la orilla del río como si nada raro hubiera acontecido.

No sabemos si cogió un reuma, un resfriado ó si siquiera notó que se había mojado.

Estos californianos son muy extravagantes y Bret Harte así los consideraba.

¡Feliz aquel que encuentra una diversión en cualquier parte! Después de comer, de sobremesa, unos dedos hábiles y un poco de imaginación, pueden hacer mil paque-tillos, con los entremeses sobrantes, con los mondantes, con las flores que adornan la mesa.

ENTRETENIMIENTO

No todos somos artistas, ni tanto todo el mundo tiene dedos y manos mañosas, pero la inmensa mayoría de las personas pueden disponer de un cortaplumas y de un poco de paciencia.

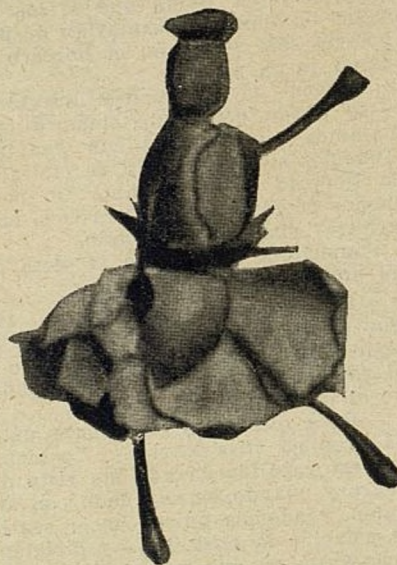
Con esto y unas rosas, se pueden hacer verdaderos caprichos, por ejemplo, la bailarina que representa nuestro grabado y su fabricación es bien fácil.

El cáliz de la flor forma la cabeza, de un pimpollo hacemos el cuerpo, y con la corola de otra rosa bien abierta obtendremos un precioso tonelete.

Las tres piezas se sujetan con un mondantes y ya tenemos el tronco de la bailarina; manos y pies los hacemos con pedúnculos de las mis-

mas flores y á la bailarina sólo le faltará bailar.

Las amapolas nos dan la bailarina casi hecha; basta volver hacia



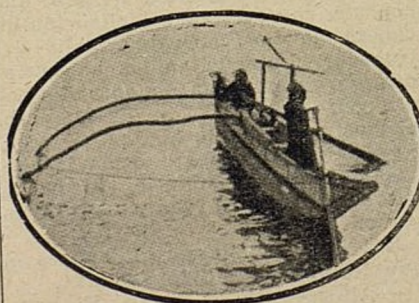
abajo los rojos pétalos y tenemos ya una muñequita verde, negra y roja, que con cuatro palitos armada de manos y pies puede competir con muchas bailaoras de cine barato.

El canal de Suez se ve surcado á menudo por unas embarcaciones de forma sumamente original, que se deslizan con asombrosa rapidez sobre las aguas.

BARCA ORIGINAL

Son estas lanchas las llamadas "catamarán" y van tripuladas por sólo dos hombres y no tienen otro motor que dos largas pértigas. Cada tripulante maneja una de ellas con asombrosa facilidad.

Generalmente estas largas varas son groseras en su construcción y



en la parte que se sumerge en el agua van un poco aplastadas á manera de remo.

Lo más curioso de la embarcación es el flotador que llevan á uno de los lados, sostenido á gran distancia

del bote por dos largas varas encorvadas y que sirve para asegurar la estabilidad del estrechísimo bote y evitar que se ponga quilla al sol. Nuestro grabado da una idea exacta de estos originales botes.

En los Alpes hay varias oficinas de Correos, montadas á gran altura, y esto de la gran altura no quiere decir con gran lujo, sino establecidas á muchos metros sobre el nivel del mar, puesto que muchas de ellas están á 1.800 y 2.000 metros de altura, y hay un buzón en el que un cartero recoge las cartas cuatro veces al día, que está situado á una altura de más de tres mil metros.

Si al cartero ese le duelen los pies le ha caído la maldición del gitano. "Permita Dios que te duelan los pies y te hagan cartero... en los Alpes".

Según las últimas estadísticas, la población judía del mundo se eleva á 11.483.876 individuos, de los cuales 8.876.299 viven en Europa y 1.880.579 están establecidos en América. El imperio ruso es el que con gran diferencia tiene más súbditos israelitas, pues llegan á la enorme cifra de 6.215.805.

En los Estados Unidos hay una población hebrea de 1.800.000, de los cuales cerca de un millón vive en Nueva York. Esta verdadera Jerusalén contiene trece centavos partes de la población total judía del Globo, es decir, la reunión más grande de hebreos que la historia conoce.

Se ha observado que todos los animales cambian de piel según el clima del país en que viven, y según la estación, pero este caso se ha marcado señaladamente en un

DE VERANO Y DE INVIERNO

gato negro, que tenía su domicilio en un buque. Al salir éste de Sidney, Australia el gato fué encerrado en una cámara frigorífica, donde se guardaban las provisiones entre hielo. Su existencia en aquel calabozo no se descubrió hasta que treinta y dos días después el buque hizo escala en Aden, Arabia.

El gato estaba desfigurado. Su piel negra y corta había crecido enormemente, se había hecho espesísima y de negra se había tornado blanca.

Dejado en libertad que recorriera puentes y demás departamentos del buque, bajo el tórrido calor del Mar Rojo, los vellones de lana cayeron, el blanco desapareció y un par de semanas después había recobrado su aspecto primitivo.